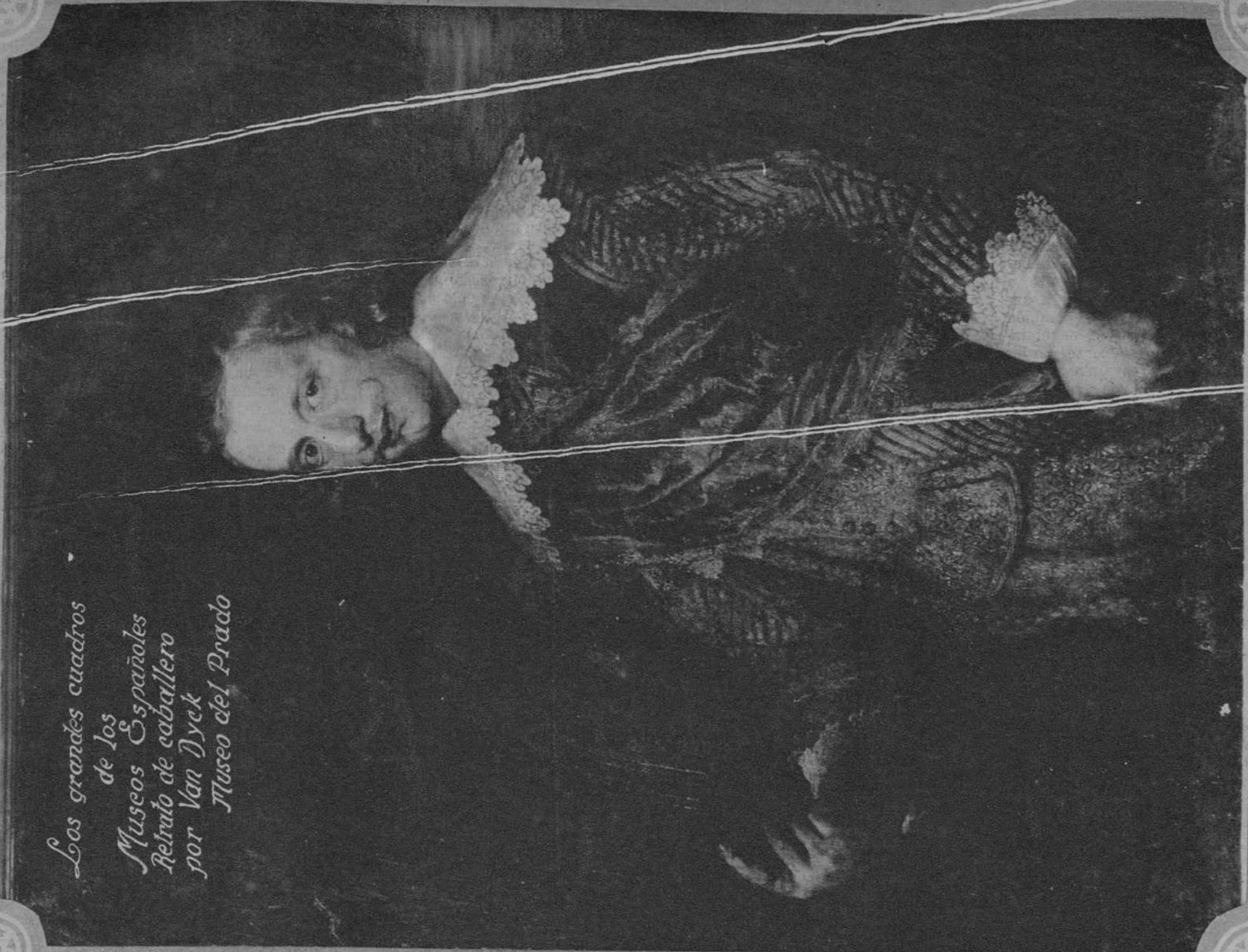


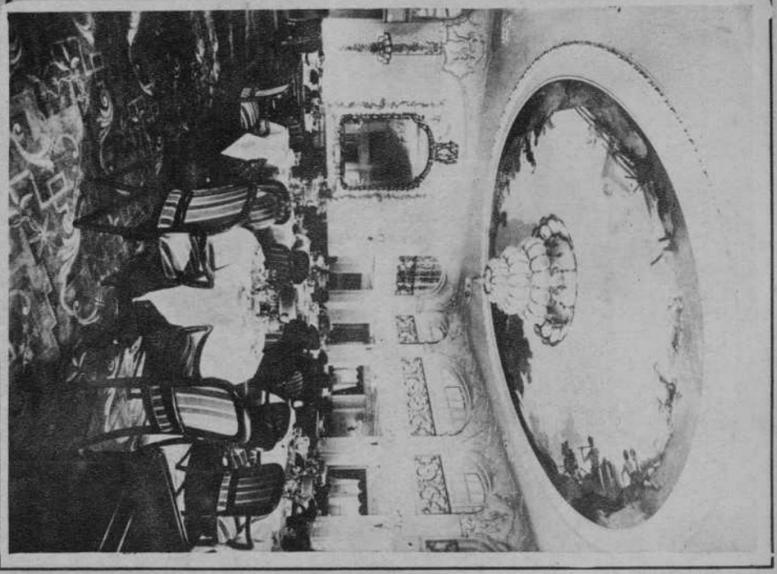
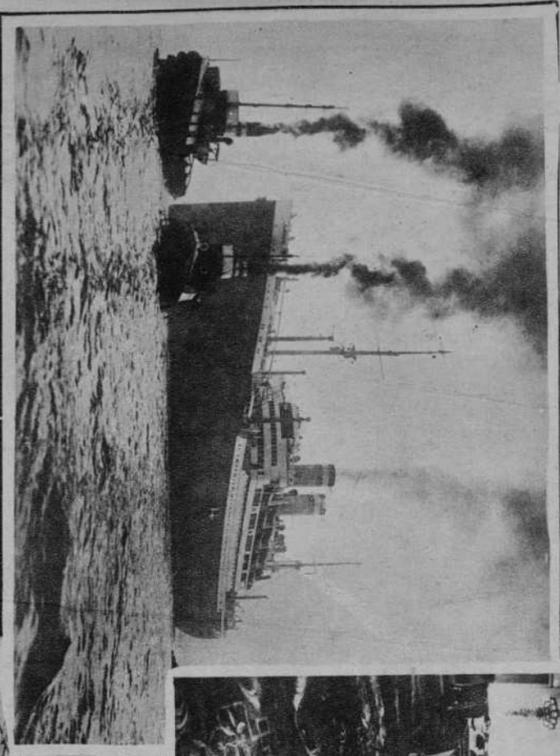
Nº 52 Páginas Extraordinarias de El Día Gráfico. 10 Abril 1927

Los grandes cuadros
de los
Museos Españoles
Retrato de caballero
por Van Dyck
Museo del Prado



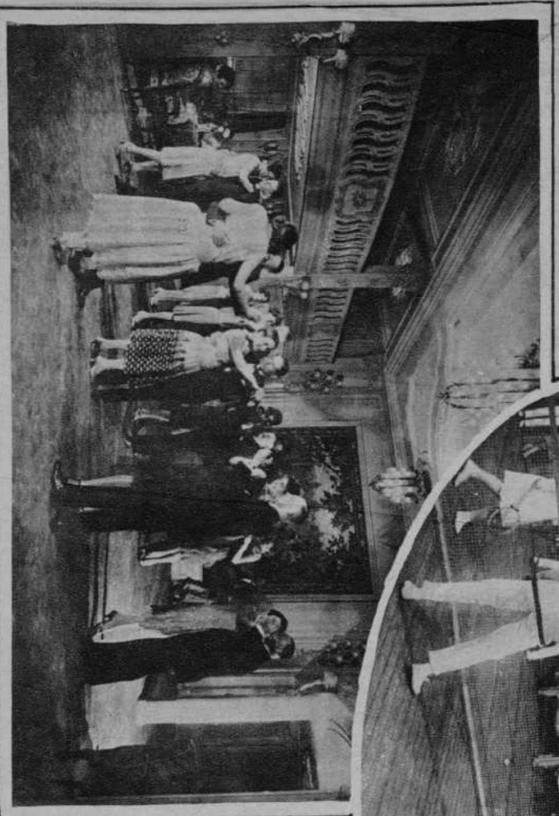
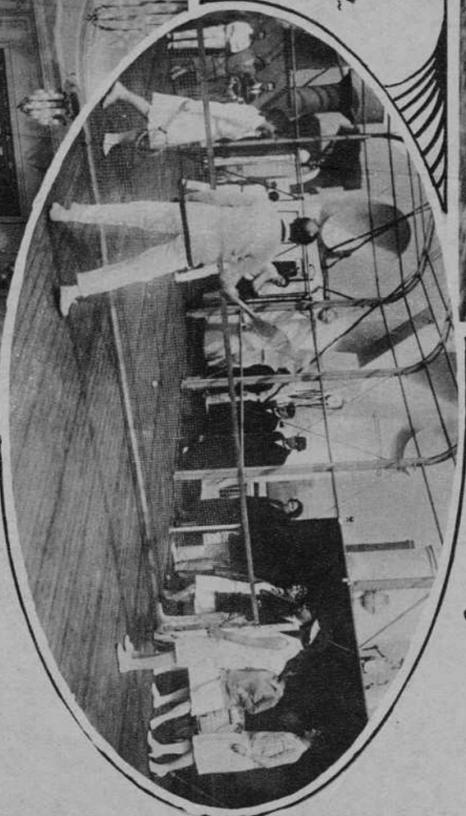
El arte barroco en Cataluña
El patio del Palacio
Dalmasas en la calle de Montcada.

*La vida a bordo
se distingue cada vez
menos de la vida en
tierra firme*



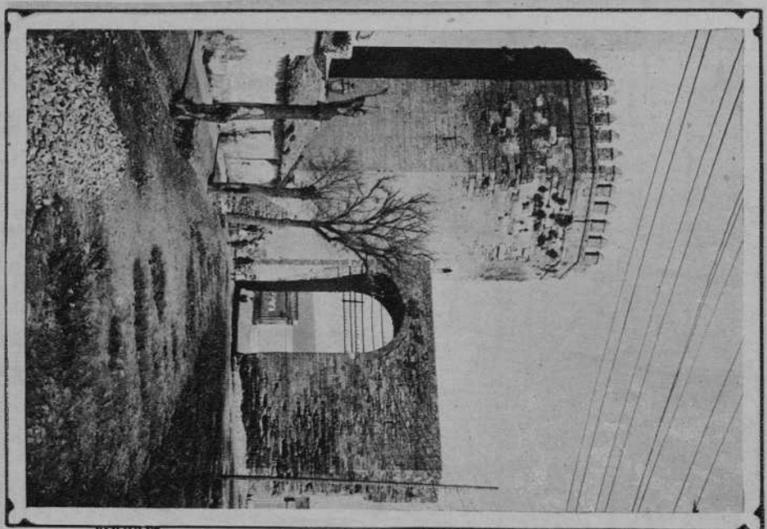
El comedor suntuoso y espacioso como el de un restaurant de lujo.

*Uno de los trasatlánticos
mayores del mundo que aca-
ba de realizar su primera
travesía Hamburgo-Nueva York*

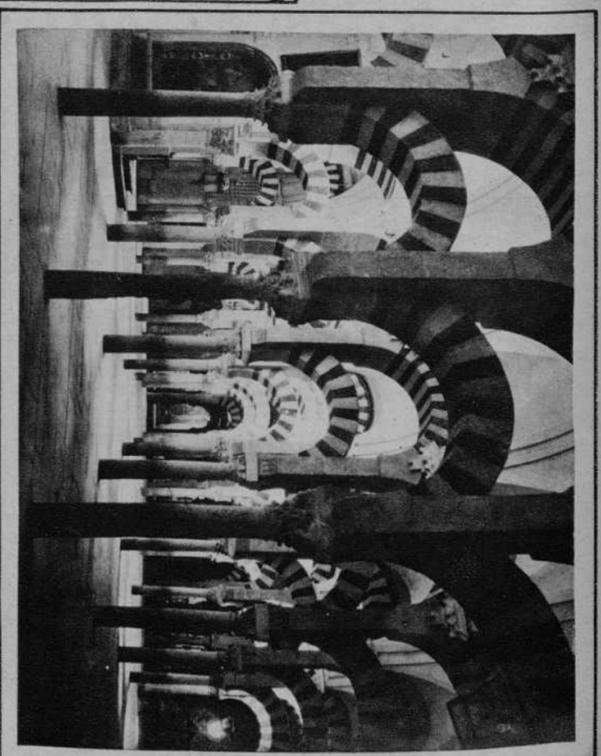


*El campo de tenis
sobre la cubierta
del trasatlántico.
El salón de baile*

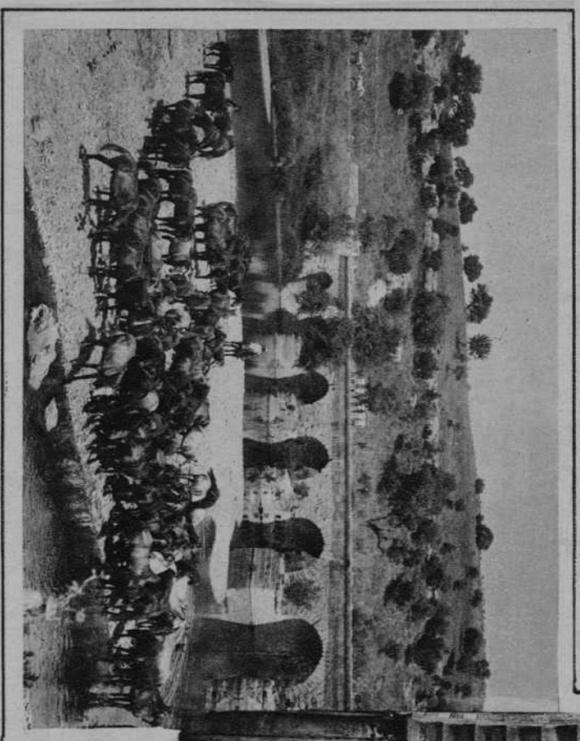
CÓRDOBA
*La insigne ciudad
andaluza guarda en
su recinto recuerdos
romanos y moru-
nerios árabes*



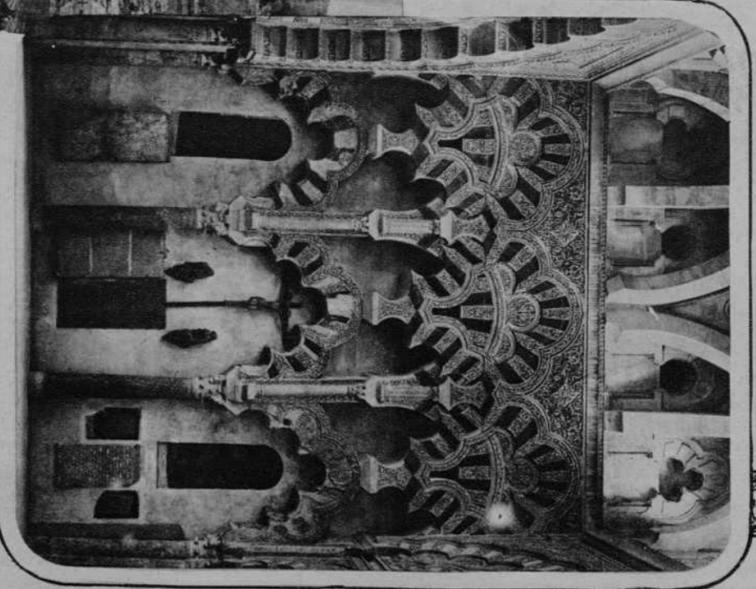
Torre Matrueria



*La columnaata en el
interior de la Mezquita*



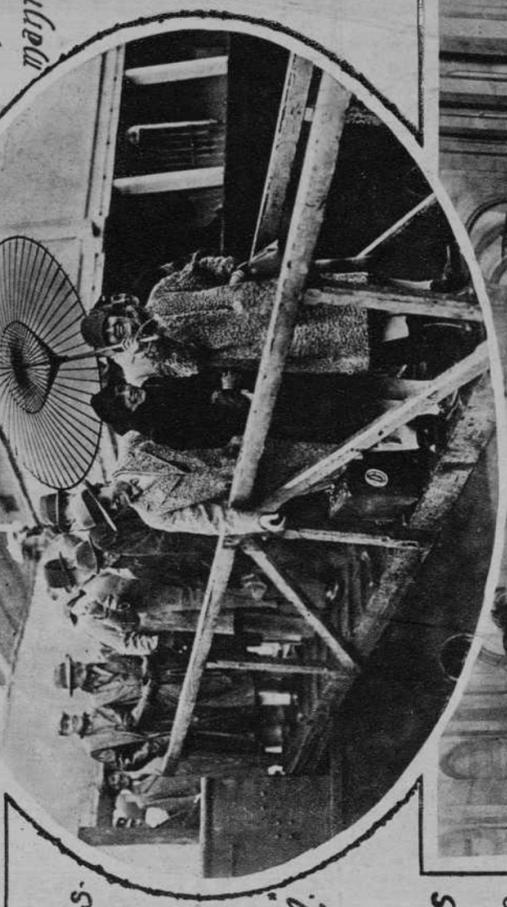
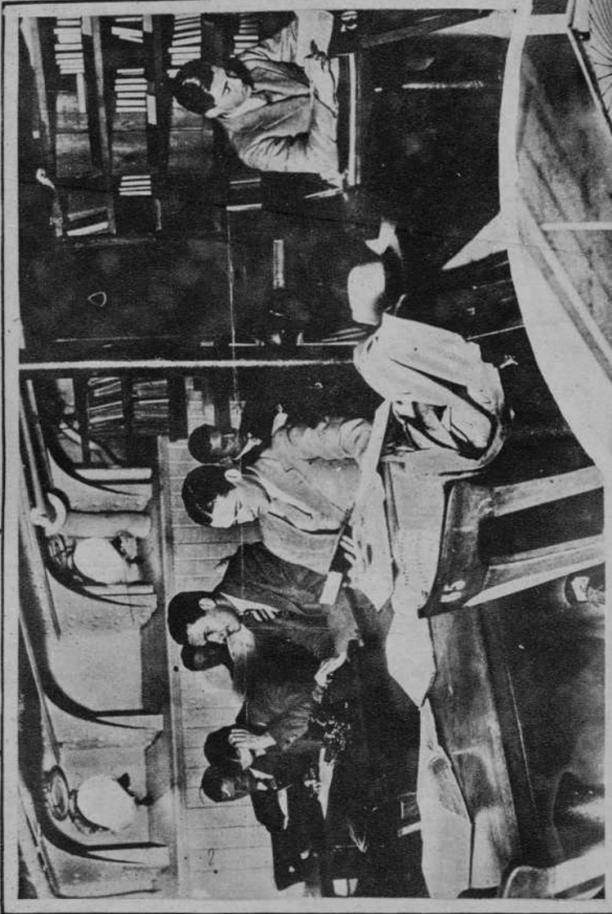
Puente Mocho de Rivera



*Arca de primer
mirab en el centro de la
Mezquita*

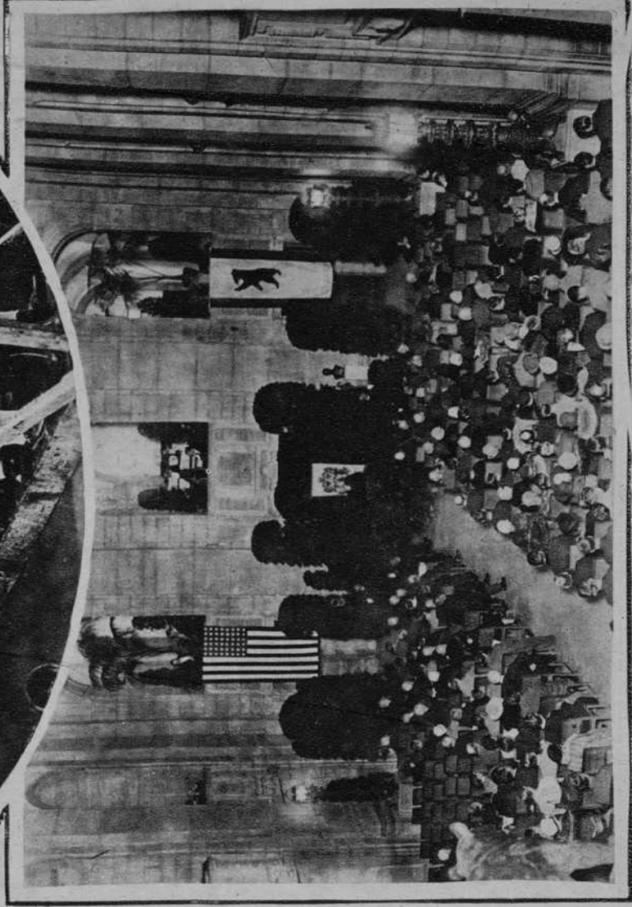
Una Universidad flotante

Los yanques han orga-
nizado un nuevo ti-
po de universidad que
vencejo el mareo, ha de
rendir grandes resul-
tados. Se trata de un
vapor convertido en
Universidad que nave-
ga todo el curso. Recien-
temente ha hecho es-
cala en Ale-
mania.

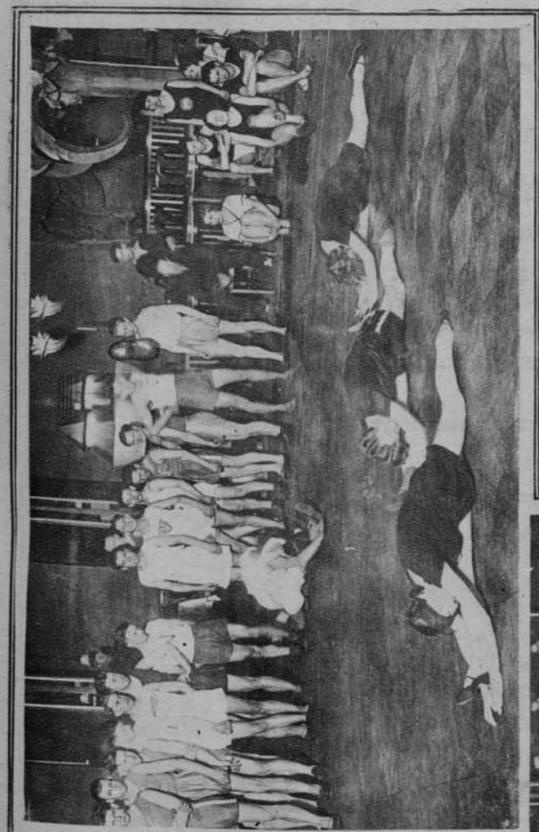


Una sala de es-
tudio a bordo
del vapor-uni-
versidad "Nydam".

Los estudiantes
bajan al muelle
de Hamburgo.

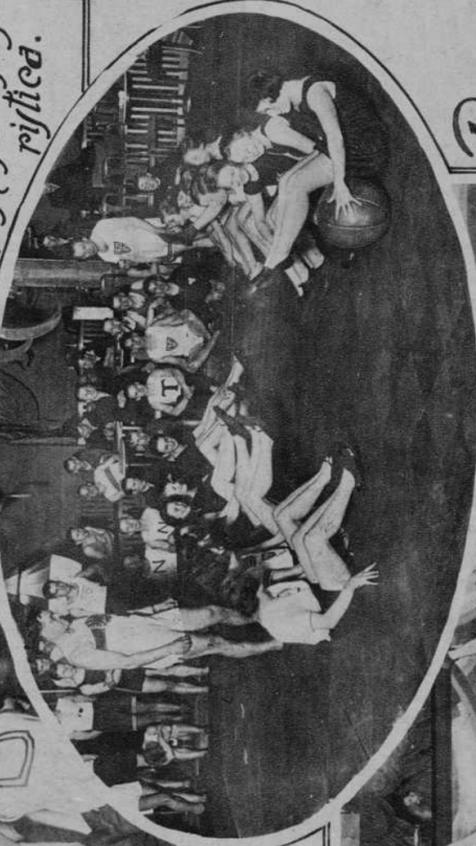


Recepcion dada
en Berlin en ho-
nor de los estu-
diantes de la Uni-
versidad flotante.



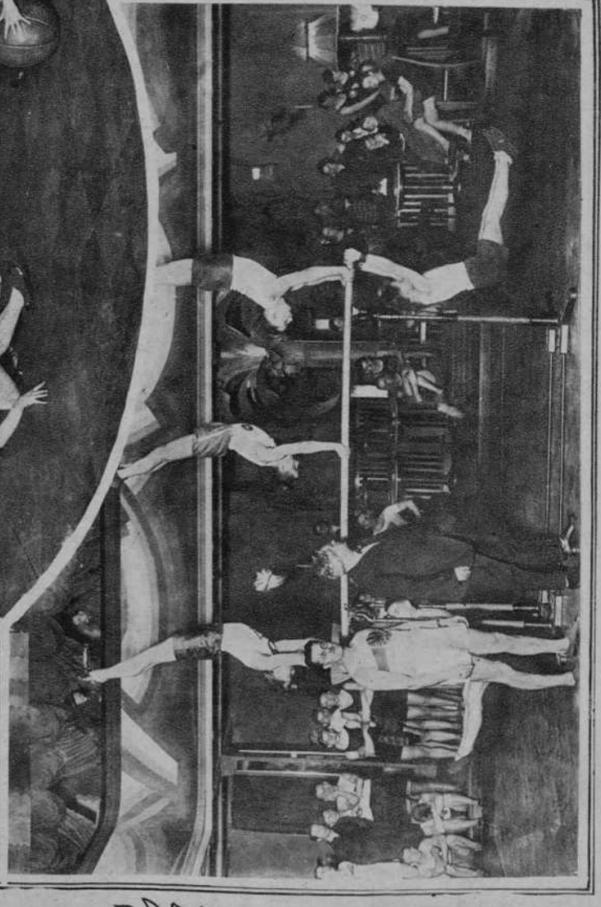
Ejercicios de distension y
extension de musculos prac-
ticados por lindas gimnastas.

Gimnasia hurg- rística.

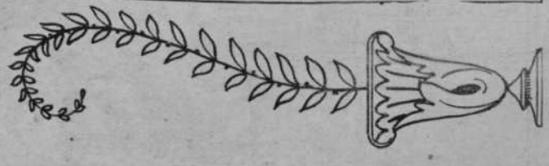


El juego
del pelele

Piramide
de atletas
en el Lu-
na-Park
de Berlin.



La gimnasia que po-
driamos llamar pura,
ha quedado un poco
eclipsada por la boga
de los deportes. En Berlin
tiene, no obstante, muchos devotos.





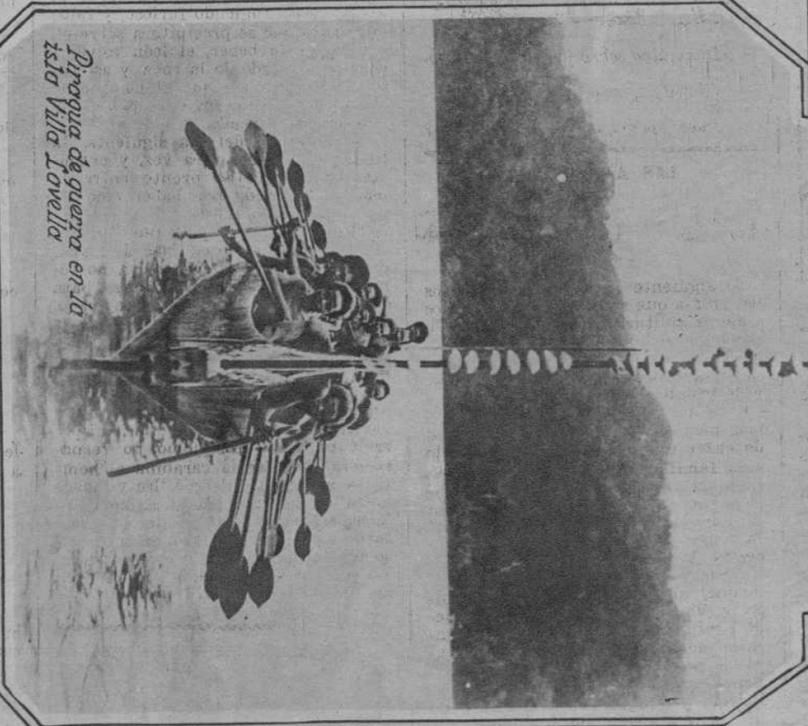
Las muchachas más bonitas de Samoa que no tardan a emigrar hacia algún musich habi de Europa



Una poetisa amiga de mujeres de las archipiélagos del Sur



Danzarines de la isla Choiseul pinturados según sus ritos.

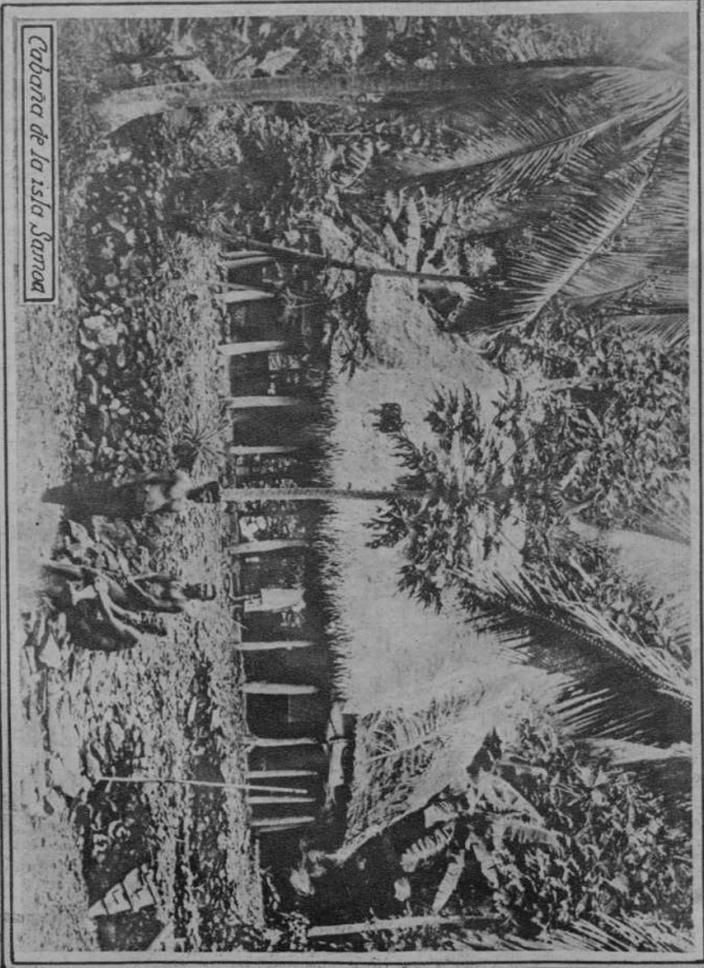


Pirogna de guerra en la isla Villa Lovella

Los archipiélagos oceánicos, que han seducido a piratas como Gaiquin y a novelistas como Stevenson, ejercen realmente fuerte atracción.



Un jinetero de la isla Choiseul en traje de baile



Cabana de la isla Samoa

foto: Vidal

La novela del domingo

Historia estilizada de un suicidio

Aquel año—hace ya una década—también yo quise divertirme y sacudir mis cascabeles en un baile de Carnaval. Mi única aventura, en la noche del martes, fué esta: que, en vez de mi propio abrigo, marrón, me entregase a la terminación de la fiesta, en el guardarropas del Real, uno azul marino. Ya se sabe que en tales casos las protestas son vanas, pero yo protesté por no perder la costumbre, y me retiré a casa con el abrigo de otro.

En un bolsillo del gabán ajeno hallé un lápiz; en el otro, una agenda médica que aun conservo. La cubierta es roja, de fina piel y cómoda encuadración. En la primera página hay una fecha impresa; 1917, y, escrita a pluma, en letra menudita, ágil y uniforme, esta trascendental declaración: «Aquí sólo escribe Perico Madrigal, estudiante de Medicina. Madrid, 11 de enero». Encabeza cada folio siguiente el anuncio de un específico: fosfato de cal, vino ferruginoso, aguas medicinales, kola granulada, etcétera. Las primeras hojas tienen notas, esquemáticos apuntes de una asignatura: Obstetricia. La página correspondiente al 2 de febrero tiene un nombre: «María Victoria»; otro nombre paciente-mente tachado; luego, algo como un itinerario nupcial: «Madrid, Barcelona, Génova, Nápoles, Florencia, Venecia, Malta...»; una cantidad—agradable—3.500 pesetas, producto de otros varios números que aparecen como factores: una nueva tachadura sobre otra cifra: 3.000, y un punto del papel quemado por el cigarrillo. En el folio del domingo, 14 de febrero, este grito: «¡7, soldado!»; debajo, dos firmas bibliográficas de sendos libros: Peter Kropotkin, «Gegenseitiges», 260-B-13, y «La conquête du pain» 190-D-20.

Desde la página siguiente—lunes de Carnaval—, las notas de la agenda se convierten en verdaderos párrafos, escritos con pluma y con lápiz alternativamente, y sin correspondencia entre el texto y la fecha impresa de cada folio. Perico Madrigal quiso, sin duda, dejar en ellos sus impresiones caravalescas. Ha pasado ya tanto tiempo, y está tan lejos de nosotros—para siempre—el autor que no vacilo en transformar esas notas íntimas en literatura. Desde aquí no hago sino copiar:

Lunes, dos de la madrugada

Estoy como embrutecido de tanto leer! ¡Todo el domingo de Carnaval pasado en la biblioteca del Ateneo! Y en las calles, todo Madrid divirtiéndose... Ahora, al recordar—¡en esta noche!—, he visto cómo las buenas gentes del pueblo creen gozar de la vida. Por un momento les he tenido compasión. ¿Por qué? Se divierten como pueden, como saben. El desgraciado soy yo que sé dónde y cómo me divertiría—en un gran baile, con mucho dinero—, y no puedo divertirme entre los pobres sin ser más que un pobre como ellos: más pobre que ellos. Sus carcajadas serán muecas de dolor, conformes; pero mientras a ellos les sepa a risa su miseria, ¿qué importa ésta? No me he de enganar a sabiendas: esos miserables son más felices que yo. Y mi compasión de pobrete que aspira a ser sabio, no es sino envidia, envidia de pobre diablo que no sabe nada de nada, ni reirse!

Al pasar frente a un teatro, he sentido, yo, tan ecuánime, tan altivo frente a la riqueza, todo el dolor de mi insignificancia. Y sólo porque he visto apearse de un automóvil a dos máscaras espléndidas y entrar al baile del brazo de un Don Magnífico cualquiera, gordo y adinerado... ¡Bah! Aquel señor padece—no había más que verle—obesidad glandular. ¡Gran tipo de observación clínica para mis estudios de Endocrinoterapia! Y ellas, muy hermosas, sí, pero... El mejor día las tengo de clientes gratuitas en el hospital. ¡Misántropo misógino! Será realmente que eres un puritano, Perico?... ¡No!... Es, sencillamente, que sólo tienes veinte duros para todo lo que resta de mes, y no te atreves a asomar las narices siquiera a un baile; y que las dos mil pesetas que guardas para librarte del servicio militar son para eso y no para engañarte y creerte rico durante dos noches, y que... En fin, Perico, que, como dijo el otro, «la virtud es más barata». ¡Vamos a dormir para levantarnos temprano y seguir la tarea en tu rincón de la biblioteca, olvidado de todas esas tonterías! Vamos, Perico, son ya las cuatro de la mañana...

Lunes, siete de la tarde

¡Qué día el de hoy para mí, tan apartado siempre de la alegría inconsciente! El sol me echó de la cama a media tarde, y la vida plena de las calles me arrastró en su torbellino. He rectificado mi opinión sobre la manera que tiene de solazarse el pueblo; y ahora creo sinceramente que esta buena clase llana sabe también divertirse. El secreto de esta sabiduría radica en la espontaneidad: nada más espontáneo que las rajas populares, las verdaderas.

Paseando toda la tarde entre la multitud, creo haberme hallado un sentido al Carnaval. Creo que es el orden sin orden. Por la menos es indudable que en estos días se registran, proporcionalmente, menos incidentes personales que en el resto del año; y eso que en esta época, según leo en todas partes, tiene la sartén por el mango nuestra señora la Locura. (Como estudiante de Medicina, protesto: la locura no puede ser reina de nadie porque es, sencillamente, una enfermedad, una anomalía del individuo, y no un tropo literario). He visto cómo los guardias, desde las aceras o desde sus cabalgaduras, contemplaban, esfínticos, las muecas grotescas y aun procaces de las gentes y oían sin inmutarse los desaforados gritos de las máscaras. Los de la masa neutra, los honrados ciudadanos, las «personas formales»—que se cambian de disfraz en estos días—, no se atrevían hoy a mostrarse molestos ante las bromas de las gen-

tes alegres, por temor al ridículo. Los bienhumorados se han reído de lo lindo de los hombres serios de lo lindo de los mismos; y todos contentos. Los guardias han recorrido la ciudad más en espectadores que nunca. El orden interno, impuesto desde fuera de nosotros mismos, ha cedido su puesto, pasajeramente, al orden que emana de la cordialidad humana, la alegría buena. Es por las Carnestolendas cuando todos dejamos de ser hurtaños, desconocidos unos de otros, en las calles, de las que hacemos una prolongación del hogar, dándonos el verdadero sentido civil, ciudadano. Yo, al menos, he creído hoy—más firmemente que cuando leo a mi Tolstoi y mi Galdós queridos—, que todos los hombres somos hermanos y que, por consiguiente, todo es tolerable, todo tiene disculpa apenas nos lo proponamos. ¿No será la convivencia social, la solidaridad humana, cuestión de actitud previa, simplemente? En Carnaval nadie pide explicaciones a los desmanes ajenos; casi todo es lícito. Y como casi nada se cree punible, nada se castiga, nada merece la pena de ser sancionado con demasiada severidad. ¿Será este el orden sin orden?

...Reflexionemos, Perico, si este dulce desasosiego nos deja. ¿No será, por otra parte, toda la divagación precedente, efecto del encuentro que he tenido en la Castañana? Ella... ¿quién es «ella», Dios mío, si apenas he podido verla?—me arrojó una serpiente desde su coche para rubricar la mirada certera, única de sus ojos negros que eran toda la alegría del Carnaval. De pie, en el centro del coche, rojo el zapato rojas las medias, rojo el disfraz, rojas las mejillas y los labios, rojo el penacho que coronaba su revuelta melena, parecía una mujer de llamas. Su risa, inconfundible en medio de la batahola, era la serpentina sin fin del pasco.

Dos, tres, seis veces pasó enhiesta siempre, y risueña y alocada, frente a la tribuna en que me situé solo por ver si tornaba a encontrarla. Y siempre su mirada, entre la multitud, se elevaba directamente, sin titubeos, en la mía.

—¿Vas esta noche al de Bellas Artes, tontísimo?—me ha preguntado la última vez que la he visto.

—Sí, ¿Vas tú—he contestado sin darme cuenta de lo que decía.

—¡Sí, preciosidad—ha respondido la muy alegre.—Búscame allí...

Pero lleva dinero, mucho dinero, para que nos divirtamos bien. Soy muy gastosa, pero te voy a querer mucho...

Seguramente, se trata de una simple broma, Perico. No te hagas ilusiones. Además: ¿quién encuentra a una mascarita en un baile? No seamos niños...

Sin embargo. ¡Y si yo alquilase un disfraz—un pierrot de seda como hacen otros compañeros míos— y me fuese al Real? Total, por ver no se pierde nada.

Llega hasta aquí no más, el dietario de Pedro Madrigal. Recuerdo que la primera vez que lo leí, no dejé de divertirme a su costa. ¡Valiente cursi es el aprendizaje de galeno!—me dije. Y no volví a pensar en él ni en su vulgarísima e inconclusa aventura, hasta... Hasta que, estremecido,

por Juan G. Omedilla

Leí su epitafio en forma de gaceta periodística, en la Prensa del primer lunes de Cuaresma, humeantes aún los últimos fuegos del domingo de Piñata. Total, nada: el eterno suicidio de un joven en el estanque grande... no poeticemos todavía,—en la alberca de la Moncloa. Circunstancia de aquel suicidio en domingo de Piñata, haberse hallado el cadáver vestido de «pierrot». Circunstancia trágica para mí sólo, que el suicida se llamaba en efecto, Pedro Madrigal y era estudiante de Medicina. No pude permanecer impasible; al fin, con aquel hombre había yo cambiado, bien que involuntariamente, mi gabán; me había asomado, sin buscarlo, a su intimidad, que ya no parecía únicamente literatura.

Hasta aquí la realidad, la historia, el documento humano. En recuerdo de aquel muchacho y para poner un poco de poesía sobre su vida y su muerte vulgarmente sentimentales e imperceptibles, algún tiempo después escribí lo que sigue. No me he atrevido a titular este relato—mitad suceso concreto, mitad fantasía, como la vida misma—«El último Pierrot» y sí «el penúltimo», porque... ningún personaje de la antigua farsa, como arquetipos que son éstos muere nunca del todo.

EL PENULTIMO PIERROT

Jardín nocturno. Al fondo, entre las frondas, luminarias al estilo de Venecia. Risas y músicas lejanas. Un quieto lago refleja la noche lunada. Algún árbol, rumoroso al tañido de la brisa, cabecea filosóficamente sobre el agua inmota. El plenumio argentina la marmórea gradería de la amplia escalinata. En el cielo hay una luminosa lluvia de «confetti» sidéreos. De vez en vez, trae en su ronda el viento una rota risa; y en el azul, una estrella nómada describe un vasto arco, como una inmensa serpentina.

Aparece Pierrot en escena. Viene mohino, cariacontecido. Al andar, cruza el paso algo inseguro. Debe de estar borracho. Este Pierrot estudiante ha amado mucho—en los libros—y ha leído muy poco—en la vida.

Pierrot es melancólico y sensual. Y estas Carnestolendas Pierrot ha querido divertirse.

El domingo en la Castellana, una serpentina se enredó a su cuello; miró hacia el lado de donde venía y vió con cierta complacencia, que estaba frente a una aventura irremediable: una mujer. ¡Féa, bonita?... ¿Qué importa? ¡Iba disfrazada y reía locamente de la broma. Sus ojos le retaban, audaces. Su boca fresca sabía reír y, acaso, besar locamente, como reía.

Por la noche, en el Real, se en-

lazon del brazo. Pierrot quiso saber el nombre de su máscara, pero ésta, discreta, impuso como única condición el misterio. El aceptó, encantado: la llamaría Colombina. Y así siguieron juntos, con su mutuo secreto y su juventud henchida de deseos inagotables.

Pierrot, espléndido, ha abierto su cartera a todos los caprichos de Colombina; ni él mismo sabe—porque el rojo beso tenaz de su máscara le impide discernir—cuánto ha tenido que sacrificar para ello.

Colombina y Pierrot han gozado en esta fugaz semana cuanto han creído digno de gozarse. Y esta noche de Piñata, para despedirse del Carnaval, Pierrot ha propuesto a su amada un programa épico: bailar, beber, besarse, alternativamente, y decirse adiós en una triple embriaguez de ritmos, de besos y de champán. Colombina ha rubricado el pacto con una carcajada. Y hábilmente, cuando ha creído que Pierrot no podría darse cuenta cabal del alcance de su caricia, en un mimoso abrazo le ha sustraído los últimos billetes.

Pierrot, con esa intuición propia de los borrachos, ha sentido que algo huía de él y ha abierto los ojos: Colombina ha desaparecido. Rojo de indignación, se ha incorporado y gritando «¡Colombina, Colombina!», ha penetrado en el salón de baile donde todos han reído de su original locura... Al fin, le han expulsado del recinto y dejado en el jardín «para que se refresque».

Llega Pierrot, tambaleándose, al centro de la escena. E improvisa un monólogo con la misma soltura y naturalidad que un actor consumado.

Pierrot, autoritario.—¡Colombina!...

(En la lejana fiesta, unas risas joviales vibran, se apagan.)

Pierrot, iracundo.—¡Colombina!...

(En el cielo, la luna, creyéndose aludida, asoma su enharinada faz, entre los velos de una nube.)

Pierrot, gimiente.—¡Colombina!...

(La orquesta inicia un vals lento... Pierrot, convencido de su irremisible soledad, pasea resignadamente, con las manos en los bolsillos del amplio disfraz. Y, como en los dramas antiguos, habla solo.)

Pierrot, paseante.—¿Dónde diablos habrá ido Colombina?... ¿Y mi champán?... ¡Ah, pardiez! ¿Si está bajo mi brazo?... Esperaré bebiendo. Bebiendo... Brindo, por...

(Mira a todas partes con la botella en alto. Ultimamente, yergue la cabeza, detiene su mirar en la Luna que le sonríe, irónica.)

¡Ah, perdón, señora Luna!... Buenas noches, amiga Luna... Permitidme que brinde por vos. ¡Brindo por la Luna!

(Bebe largamente.)

Pudiera yo ascender hasta vuestra hermosura o vos pudierais venir hasta mí, y beberíamos juntos... Mal andaremos de inventos, señora. ¡Aún no hemos llegado a una verdadera «entente cordiale» con tan poderosa y bella Emperatriz de la Noche! Ni un solo Embajador de la Tierra en vuestros reinos!

(Una nube baja, vela levemente el rostro de la Luna.)

¡No, mi amada señora! Que una exagerada modestia no me impi-

da veros en todo vuestro esplendor. Dignaos escuchar mis justas alabanzas; sois bella e, impasible, os elevais sobre las miserias todas de la vida. En la soledad de la noche sórdida, los harapientos sin hogar sólo a vos ven sonreír, caritativa. Ellos, que no supieron sino de la indiferencia cuando no del desprecio de los felices!... El guerrero en los campos de batalla, atalayando el horizonte, a vos suele alzar los ojos a intervalos, seguro de que también os mira, recordándole, en el insomnio, la mujer ausente. En las ciudades, el noctámbulo os hace la corte hasta que os retiráis a descansar. El suicida navega hacia vuestras nevadas playas, harto de las impurezas del mundo. La doncella os hace confidencias más hondas. El triste os ama. El navegante os consulta. El bandido os teme. El pastor os bendice, sino es que, nuevo Endimión, os enamora. El beodo os habla. El sabio estudia. El poeta os canta. ¡Ay, quién fuese poeta para cantaros a par de vuestros merecimientos! Hasta el agua y el cristal se hacen espejos para que en ellos reflejéis vuestra belleza única...

(Pausa. Pierrot bebe otro trago. La Luna torna a mostrarse, esta vez benévola y risueña.)
Ya habéis vuelto a lucir sobre la noche, como un diamante en su

estuche de oscuro terciopelo... Consentid que os tutee... Es noche de Carnaval y... ¿quién sabe si no seréis una gran Piñata? ¡Ah, vive Dios que me place tu silencio, porque él me da la venia que para tutearte demandaba!

(Otra pausa.)
¡Oh, Luna!... La noche es serena. Lejos está la balumba del baile. En las alamedas canta la brisa su nocturn. La sombra duerme; respira amor la fronda. Invita a amar el silencio; y el corazón es joven; ¡yo te amo!... ¡Oh la la!... No te rías de mí... Mi amor es puro, sereno. No creas que es una farsa porque me ves de esta guisa. Yo soy un estudiante formal que ha leído a Platón y a Aristóteles. Y hablo en serio cuando de amar hablo. No me juzgues ebrio porque te muestre una botella de champán. Es... que gusto ahogar en el vino la pena de la vida. Un poeta gentil, amigo mío, tras estudiar griego toda un década y amar toda una primavera a una mujer insubstancial, comprendió que había perdido su tiempo y hubo entonces de dedicarse a cantaros graciosamente:

«parece una colegiala con un vestido de espuma...» dijo, y dijo bien: virgen pudorosa, inmaculada novia lejana, siempre ansiada porque nunca

podré besarte. Tú también me quieres, aunque no me lo digas; bien lo declaran tu constancia en acudir a mis citas y tu celo en vigilarme. Sabidora de mi incalculable noctambulismo, sigues mis paseos por las ruas, y ahora recuerdo que en más de una ocasión te mostraste inoportuna entre la encajería de los árboles para impedir que mis labios te fueran fieles sobre otros labios de mujer... Y cómo eres celosa, hermosa mía! Impotente para seguirme en todo instante, te confabulas con el Sol para crear mi sombra. Mi sombra es un esclavo tuyo que me sigue a todas partes, sin darme punto de verdadera soledad. ¡Tuyo soy, he de morir amándote!

(Tras el largo discurso, Pierrot bebe hasta apurar la botella.)

Pierrot, optimista.—Y si llegamos a casarnos, amada novia, tú podrías ser la única esposa tácita y sumisa que no regañe a su marido. ¡Tú serías la mujer ideal de cualquier hogar, pues no me hablas!...

(Larga pausa. Los violines, mudos durante la exaltada serenata de Pierrot, preludian una danza.)

¿Quieres bailar conmigo, Luna? Nada tan natural como que nos deslicemos enlazados sobre el suave tapiz verdinegro que a nuestros pies se extiende. La orquesta

ensaya un minueto en tu honor. Vamos a bailar. Dame el brazo y descende conmigo...

(Pierrot ofrece galantemente el brazo a una quimera de su fantasía, y con majestuosa lentitud de ópera cómica, baja los escalones hasta orillar el lago en que se refleja el rostro de la inverosímil amada. Extrañado de que con tanta agilidad se haya desprendido de él, arroja bombones a la Luna reflecta que danza levemente en el móvil espejo del agua.)

Pierrot, siguiendo la broma de máscara.—¡Caramba, eso no vale! No está bien que me dejes. Toma, toma estos ricos bombones, pero no te vayas...

(Aparte.) ¡Ah, parble! Habrá que alegrarla un poco para vencer su recato. Siempre fué el fino y divino vino galo sabio aliado de los amadores.

(Invitando a la Luna.)

Ven, bebe. No habrás gustado esta maravilla de la amable Francia, allá en los parques de tu imperio. ¿Huyes y danzas, burlona? ¿Temes, quizás, habértelas con un atolondrado don Juan? Pues... ahí va la botella. Bebe tú sola, ¡vive el cielo!, que no ha de ser el champán espejuelo con que atraerte a mis brazos.

Pierrot lanza violentamente el casco vacío al estanque y quie-

bra la quietud de sus linfas. La Luna, espejándose sobre las ondas, danza loca, febril, incansable...

Lejos, en un cenador, chasquidos de besos. Luego, la carcajada loca de la boca fresca de una Colombina cualquiera que engaña a otro cualquier Pierrot. El nuestro, perdido el equilibrio, se bambolea grotescamente y, cayendo al agua, exclama:

—¡Por Kant y Pasteur juntos, que he de bailar contigo!

(Las aguas se abren cortésmente a su paso, en un galante círculo concéntrico...)

La orquesta, lejana, lanza al aire—como un cohete en espiral—un galop de despedida...

Pierrot, como un bailarín ruso, danza trágicamente, queriendo en su pantomima alcanzar a la Luna que huye de él, juguetea, por el lago. Pierrot aparece, desaparece, acciona, bracea, se oculta, vuelve a mostrarse, ríe, gime, enmudece... Por último, agotado, flota inerte, tendido en cruz sobre el verdín del estanque. Una sonrisa aletea por su rostro. Su cuerpo se mece con leve movimiento. Y alrededor de su cadáver, la Luna, reflejada en el agua, danza al ritmo de los violines lejanos...

Por el azul cruza una estrella fugitiva y se hunde en la sombra.

Una sola campanada, había sido. Una campanada de opacas vibraciones, como si la sonería del reloj tuviera la voz cansada de los viejos.

A obscuras, estaba en vigilia el matrimonio. Muchas veces, a lo largo de la noche interminable, rebulleron en el lecho; sin hablarse; sin atreverse a hablar.

A veces, un instante, el sueño había podido más que la iniquidad de los dos viejos. Pero lo vencían de nuevo, heroicamente; con toda la fuerza del horror de sus pueriles provisiones funestas.

La campanada, manteniéndose aún en las lotananzas del sonido, era como un grito que no se pudiera fingir no haber oído. Era preciso hablar, darse por enterado. Y se hacía necesario, también, a cada uno confiar su temor en el temor del otro.

—Dio una hora, ¿verdad?—insinuó él primero. Bajito, quedo, como con la esperanza de que la mujer durmiera de verdad y no fuera preciso «dar estado oficial» a la zozobra.

Simuló despertar, o haber estado en grato dormivela la anciana:

—No sé; sí... me pareció oír una campanada. La una, seguramente.

No era la una; ya sabían ellos que no podía ser la una, pero continuaron la comedia de querer engañar sin engañarse.

—No es tarde, después de todo.

—No; verdaderamente, no es tarde.

Íban a reemprender la farsa de un sueño en el que les era imposible cobijarse, pero cedieron al deseo de saber si, en efecto, hubieran dormido un momento, lo suficiente para no oír lo que oír esperaban. También fué él, ahora, quien precisó la pregunta, latente en ambos pensamientos:

—¿Tú has oído si el niño?...
—No, no lo he oído. No ha debido venir.

—Voy a levantarme; tal vez...
—No; no te levantes. Estoy segura de que no ha regresado todavía. No he pegado los ojos un segundo.

Nueva pausa. Una pausa angustiosa. Avizores los oídos, como si poseyendo una fantástica capacidad escrutadora, pudieran captar y traer al dormitorio de

los viejos todos los ruidos de la ciudad para descubrir entre todos la voz del hijo que no volvía.

—Bueno, después de todo: la una, total.

No había acabado de lanzar la ancianita esta mentira llena de piedades para su compañero, para sí misma, cuando volvió el reloj a sonar. Categórico, ahora;

Y ella, incongruente, contestó: —Sí, sí, ¿pero que le habrá sucedido al niño?

Esto, esto era lo grave: ¿qué le habría sucedido al niño? ¿En cuál de las mil trampas que tiende la ciudad a los jóvenes inexpertos habría caído el niño?

El «niño» iba a cumplir los veinte años. Pero había nacido

visto, no llevaba trazas de terminar, cuando iba ya a amanecer el día siguiente.

¿Qué le habría ocurrido, Señor, Dios de los cielos? ¿Qué le habría ocurrido? Las imaginaciones de los dos ancianos devanaban hipótesis, de las que resultaba siempre el cuerpo herido y palpitante del «niño», tendido en

que al «niño» no le había ocurrido nada malo. Y ella misma, la madre, alimentó la llama de esperanza

—¡Toma, pues tal vez tengas razón!...

Era tan grato ser creído, que «se creció» el anciano:

—Claro que la tengo. Si ya he venido notando ciertas cosas en él, que...

¡Y fíjate si a mí «me la iba a dar»! ¡A mí fingiéndome santito!... ¡Vamos, hombre!... Más sabe el diablo por viejo que...

—No; no ha sido nada.

—Me pareció oír los pasos.

—En la calle.

—En la calle, sí.

Se oían. Se suspendió el aliento; se suspendió la marcha de los corazones. Pero los pasos, resonando en la calle, vacía a tal hora, pasaron de largo, se perdieron en la noche. Suspiraron los viejos.

—Ya sabía yo que no sería. ¡A las mil y quinientas vendrá ése!...

—Pues no se lo debes tolerar.

—En manera alguna. Me va a oír. Me va a oír el tal caballero. Va a enterarse de quien es su padre.

—Y harás divinamente.

—¡Cómo que iba a dejarme torear!... Nunca le puse la mano encima, nunca; ¡pero lo que es ahora!... Se va a acordar; ¡vaya si se va a acordar!

—... ¿Pegarle?

—Pegarle, sí. Cuando las razones no valen... ¡Calla!

—¿...?

—¡Calla!

Ahora, sí. Ahora, sí, Dios sea loado. Fueron primero los pasos—¡sus pasos!—, por la acera. Luego el portal que se abre, las pisadas por la escalera, el sigilo al entrar en el piso, el tácito caminar por el tránsito obscuro...

—¿Qué vas a hacer?

—Calla. Nada. No voy a hacer nada; no vamos a hacer nada. Que nos oiga. Que no note que estábamos despiertos. Ya está aquí, y esto es lo principal; esto es lo único que importa. Y que no se entere; que no se disguste. ¡Es la primer noche que sale, Señor!...

La ancianita no dijo nada. No la dejaba hablar el gozo. En sus labios tembló, quedito, quedito, una oración de gracias...

—Bendito sea Dios; bendito sea Dios.

EN LA NOCHE

Pequeña narración, por Domingo de Fuenmayor

rotundo y rápido; como si le corriera prisa comunicar la mala nueva:

—¡Tan... tan... tan!...

—¡Las tres!... Me lo figuraba.

—También yo. Antes dieron las dos y media.

—Mas antes había escuchado yo las dos, pero por no alarmarte...

—Por no alarmarte, callé yo...

No hablaron más—espectantes, medrosos, confundidos—, en un rato. De vez en vez se escuchaban de la calle el trallazo zumbante de un tranvía, raudo en la noche; el motor de algún automóvil; las pisadas de un trasnachador por la acera; el regatón del palo del sereno golpeando en las losas para avisar a cualquier compañero descuidado.

—Irás a amanecer ya...

Los ojos del viejo otearon hacia el balcón. Por las rendijas no se filtraba luz alguna.

—No, mujer, ¡Pues no eres tú poco exagerada!...

cuando ya sus padres iban para el otoño de la vida, y así, próximo ya a los cuatro lustros, era par ellos tan niño como los ciertos niños de ocho años para los otros padres.

El niño era aquella la primera noche que «salía». Y solo a copia de esgrimir razones, había obtenido permiso tan trascendental.

—Estoy en ridículo delante de los amigos, papá. Tengo veinte años ya, como quien dice...

—Pero has «vivido» poco.

—Pues por eso: ¡Dejadme vivir!

—Con nosotros.

—Con vosotros, claro; pero también con—¿cómo lo diría yo?—, con mi propia vida. Además, lo que os pido no creo yo que ofrezca peligros tremebundos: ir alguna noche al teatro después de cenar.

Y aquella inconcreta «alguna noche», era precisamente esta noche. Y aquel teatro, por lo

la cama de operaciones de cualquier «Casa de Socorro».

—No lo comprendo. No lo comprendo.

Fué el padre, al fin, quien pretendió «comprenderlo», cobijándose en un simulacro de indignación, como en el último baluarte de su esperanza.

—Pues yo sí que lo entiendo. Que le tenemos sin cuidado; que le importa un ochavo la alarma en que debiera comprender que nos tiene...

—¿Tú cree?...

—Claro, mujer; más claro: ¡qué le importamos un comino!...

Inesperadamente, aquella nueva faceta de que el viejecito dotaba a la angustiada espera, encendió como una luz de esperanza en el corazón de la anciana. A ser verdad lo que el padre decía, el hijo era en cierto modo un desalmado, un juerguista a quien el hogar le traía sin cuidado... pero significaba, también, que volvería; quería decir